

POST-PREFACIO

Mirada retrospectiva, treinta años después, del itinerario hacia la historia agraria del Perú seguido por un investigador francés.

Jean PIEL

¿Cómo y por qué, hacia 1964, pudo interesarse en la historia del neolatifundismo republicano peruano un joven historiador francés, a tal punto que decidió hacer de dicho asunto su tema de investigación y su tesis de doctorado de Estado sustentada en la Sorbona parisina diez años más tarde?

Ya había yo contestado por anticipado a esta pregunta en el prefacio de aquel trabajo, no por narcisismo como algunos habían pensado deducirlo, sino por simple escrúpulo y prurito de historiador, fiel al espíritu de Marc Bloch y por lo tanto deseoso de situar cada esfuerzo de investigación en la historia de su propia generación intelectual y su tiempo. Es lo que hallarán quienes vuelvan a leerla¹.

Vale la pena recordar que dicho prefacio suscitó en su momento un buen número de equívocos, incluso el del mismo presidente del tribunal o jurado de tesis, y hasta duraderas enemistades. En Perú, en primer lugar, en donde no se habían diluido todavía las secuelas ideológicas de un agrio nacionalismo de guerra fría y por las que algunos llegaron hasta a sospechar que era yo seguramente algún agente del «imperialismo cultural francés». En Francia, en segundo lugar, en donde no cabía aún decir tales cosas: claro, todavía no se había patentado la «ego-historia» como instrumento de promoción en el mercado editorial y académico (incluso para la exportación). Lo que me valió, dicho sea de paso, que se interrumpiese mi carrera, entre 1974 y 1989.

Volviendo a leer dicho prefacio, algo más de treinta años después, me percaté de que sigo defendiendo en lo esencial la misma orientación general. De buena gana y habiendo profundizado mis conocimientos, entre otras con lecturas de Clausewitz, resumiría yo su espíritu haciendo paráfrasis de dicho autor y diciendo que «*la investigación (histórica) es la prosecución de la política mediante otros medios*». Proclamando dicha frase tanto contra los pusilánimes que intentan todavía, a comienzos del siglo XXI, validar la idea de una disciplina histórica totalmente desprendida del compromiso político (nociones que parecen proliferar en nuestros días, en los mismos medios en los que se reproducen muchos «posmodernos»), como contra aquellos «marxistas» primitivos de entonces (fran-

1 Piel, 1975-1983.

ceses y latinoamericanos), que pretendían disuadirme de mis esfuerzos de investigación, bajo el pretexto de que preparar una tesis era comprometerse por anticipado con la dominante «ideología universitaria burguesa» y que, de todas maneras, las urgencias de Latinoamérica andaban por otro lado («reemplazar el arma de la crítica con la crítica de las armas»,... claro está).

Treinta años después: ¡Cuán lejano se halla o parece hallarse todo aquello! Pero en la medida en que se me invita a volver a pensar y meditar sobre aquellos momentos (quién sabe, tal vez para extraer algunas lecciones, en dirección de los jóvenes investigadores), he aquí algunas reflexiones, en el orden en que me han sido sugeridas por los coordinadores de este *Dossier*.

1. *¿Por qué me interesé en la historia de un país que no era el mío (o que no formaba parte del otrora imperio colonial francés)?*

Primera respuesta: ¿Y por qué no? Montesquieu, Braudel, Tocqueville, Lavissee o Portal..., ¿habrán traicionado a Francia por haber consagrado sus trabajos al estudio de los romanos de la Antigüedad, al mar Mediterráneo en la época de Felipe II, a la democracia en Norteamérica o a Prusia y al Ural durante el siglo XVIII? ¿Traicionaría a su continente o a su país aquel historiador latinoamericano que se consagrara también al estudio de la historia de Estados Unidos o Europa? ¿No es acaso la buena alternativa para intentar hacer historia comparada?

Pero planteada así solamente, la respuesta sería incompleta. Luego de la firma de los Acuerdos de Evian, que le ponían fin a las interminables guerras de retaguardia en las que Francia se había enfangado, entre el Vietnam y Argelia, en donde la fuerza motriz de resistencia a nuestro ejército francés tardocolonial parecía componerse más bien de pueblos campesinos en armas que de proletarios salidos de la industria, ¿cómo no imaginar que jóvenes como los de mi época no habrían de interrogarse sobre aquella América Latina de mediados del siglo XX, en donde por lo menos dos revoluciones (la mexicana de 1910 y después, la boliviana de 1952), habían logrado poner en movimiento a masas armadas de campesinos; y una tercera (la revolución cubana, después de 1959) que suscitaba la emulación en el resto del continente, en particular –justamente– en Perú, en donde empezaban a actuar guerrillas «castristas»?

Podemos agregar que siendo yo mismo antiguo militante estudiantil anticolonialista, me sentía en Francia bastante desmovilizado y en déficit de actividad política, a partir del momento en que el Plan Marshall, el *keynesiano-fordismo* en plena aplicación y la reinstitucionalización establecida y programada por el régimen del general de Gaulle, no nos dejaban esperar en lo inmediato nada diferente que no fuese esa quietud autosatisfecha que induce la sociedad de consumo. ¿Cómo hacer para invertir la abundante energía militante y activista que habíamos descubierto no hacía mucho en nosotros mismos, cuando el con-

texto no nos ofrecía efectivamente otras perspectivas que no fuesen más que el conformismo o, aún peor, la inutilidad? ¿Por qué no tratar de ver lo que ocurría en otras realidades, justamente allí donde la Historia daba la impresión de seguir generando movimientos? Teniendo además la posibilidad, lo que no era un factor secundario, de verificar en casos concretos la validez de los dogmas «de acero» que caracterizaban la Guerra Fría y que eran conservados y defendidos por la dirección del partido comunista francés, aun cuando los hubiesen sacudido seriamente las revelaciones de Jruschov en 1956 sobre el estalinismo.

2. *¿Por qué llegué a interesarme más específicamente en Latinoamérica y en Perú en particular?*

Por una razón bastante simple, en 1964 en los países cuya historia podía echar luz a las cuestiones planteadas (dentro de los comunistas: Unión Soviética, China y Vietnam; y dentro de los «progresistas», Argelia, cuya independencia era reciente) parecían haberse cerrado las perspectivas de una investigación crítica. En cambio en América Latina la apertura era bastante mayor, claro está, con las restricciones típicas a la problematización histórica inherentes a las historias oficiales, de viejo cuño, de los países que la componen, pero al mismo tiempo con la emergencia de corrientes de pensamiento crítico, inducida principalmente por antropólogos, aunque bajo la influencia de universidades y corrientes norteamericanas.

Por otra parte, a pesar de la abundancia de tópicos y prejuicios tradicionales revestidos de exotismo, en Francia no se carecía totalmente de elementos de enfoque más realista de la situación efectiva del continente latinoamericano, ya sea gracias a reportajes, libros, informes e incluso películas, no todas de origen francés. Desde el clásico *Viva Zapata* hasta el *Saltaire de la peur* (El salario del miedo); desde la exaltación en la prensa respecto a ese continente que «comienza a entrar en la escena mundial», según Tibor Mende, hasta el golpe de Estado de la CIA contra el presidente guatemalteco Jacobo Arbenz... Todo ello era objeto de las conversaciones que se entablaban durante las comidas familiares de mi adolescencia, en mi casa, alrededor de una mesa cubierta de hule plástico, signo distintivo de la época en los hogares populares. Y por supuesto, la revolución mexicana hacía imaginar que la chispa no se había apagado: una revolución mexicana seguramente bastante mitificada por una lectura y unas estructuras de comprensión fuertemente influenciadas por la referencia obligatoria a la Revolución Francesa.

En un comienzo entonces, en 1963, pensé orientar mis futuras investigaciones en torno al papel desempeñado por el campesinado durante la revolución mexicana. Habiéndoselo consultado a François Chevalier, éste me lo desaconsejó, indicándome que los archivos necesarios serían inaccesibles. Los trabajos de Jean Meyer y otros, y los de los doctorandos que desde hace algunos años he

podido dirigir sobre asuntos afines, han demostrado que tal recomendación no era (o que ya no es) totalmente fundada. Pero es cierto que para ello se precisa, con aplomo y a veces hasta con cierta brusquedad, ir contra la censura de lo que hasta no hace mucho era la historia oficial del Partido-Estado único en México.

En tales circunstancias me enteré por intermedio de Jean Chesneaux (ilustre antecesor de nuestras propias luchas anticolonialistas y antifascistas en La Sorbona) de que había una plaza abierta a candidaturas en el Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA) de Lima. Decidí entonces presentarme y optar: me habría de hacer historiador «agrarista» no en México sino en Perú. Resolví dedicarme a estudiar y tratar de comprender de qué manera la «cuestión agraria», oficialmente reconocida por una comisión parlamentaria en 1956, había podido constituirse también en Perú (y desde luego, antes de dicha fecha). Escogí como director de tesis a Pierre Vilar, quien compartía mi punto de vista: había que estudiar no solamente la historia jurídica del latifundio peruano sino también, y por sobre todo, la historia del peso del latifundismo sobre el conjunto de la sociedad peruana y su importancia para la importación e implantación del capitalismo agrario contemporáneo, el cual en el caso peruano había tenido que abrirse camino precisamente mediante su forma latifundista.

3. *¿Qué sabía yo a propósito del tema escogido, antes de llegar a Perú?*

En verdad muy poco. Puesto que contando con algunas informaciones relativas a las revoluciones que me fascinaban (la mexicana, anterior, la cubana, más reciente), casi nada conocía en 1963 del mundo andino, fuera de algunos recuerdos procedentes de determinados relatos de viajeros del siglo XIX y algunos lugares comunes más recientes, reproducidos por los artículos de la prensa francesa corriente, pero igualmente raros. Entonces, desde 1964 a 1965 intenté compensar dicho déficit mediante lecturas o gracias a contactos que me habían sido facilitados con mis anteriores actividades militantes y que había logrado conseguir con homólogos latinoamericanos en Francia. Sus informaciones y testimonios eran preciosos, pero se trataba principalmente de venezolanos o colombianos, acaparados por sus propias dificultades de exiliados políticos y por la tensa situación política en su propio país; poco podían ilustrarme sobre la situación de Perú.

Hubo sin embargo dos peruanos parisinos que iban a contribuir más y que me ayudaron a orientarme. Por un lado Hugo Neira (actual director de la Biblioteca Nacional del Perú), a quien François Chevalier había puesto bajo su protección y que acababa de sobresalir en Perú con la publicación del reportaje *Cuzco, tierra y muerte*. Por otro lado Mario Vargas Llosa, que me había sido presentado por Jorge Semprún y quien me formuló por ese entonces un diagnóstico muy criollo y bastante izquierdista de la situación: «*Lima, nuestra capital del Perú,*

se halla simple y llanamente bajo la amenaza de un huayco andino, demográfico y cultural, lo que representaría la desaparición del Perú criollo».

El resto de información la recogía en los seminarios de investigación que proponía entonces el Instituto de Altos Estudios de América Latina (IHEAL) de París, aunque ninguno de sus directores, si dejamos de lado al geógrafo Olivier Dollfus, fuese verdaderamente especialista del mundo andino o peruano. Sin embargo, debo reconocer que mucho aprendí en los seminarios dirigidos por Pierre Monbeig, Pierre Chaunu, Roger Bastide o Frédéric Mauro, y sobre la problemática del latifundio mexicano en particular, en el seminario conducido por François Chevalier.

4. *¿Cuál era entonces, en 1964, mi formación como historiador?*

Disponía yo de una buena formación de *agrégé*² de historia, obtenida en la Sorbona y en la Escuela Normal Superior –ENS– de la ciudad de Saint-Cloud (centro de formación seguramente menos prestigioso que la clásica *Ecole normale supérieure** de la calle Ulm, pero que había logrado obtener justamente dicho año un número idéntico de *agregés* recibidos). Una formación muy «clásica» precisamente³: si bien permitía formar y «fabricar» historiadores adaptados (tal vez demasiado) a lo que era todavía en ese entonces la enseñanza de la historia en Francia, dicha preparación era en definitiva poco idónea para formar a los candidatos a investigadores que se orientaban hacia la historia de los mundos «exóticos».

Una historia que, netamente dividida en cuatro etapas (historia antigua, historia medieval, historia moderna e historia contemporánea), se revelaba horrorosamente europeocentrista y que, fuera de sus excursiones por la geografía (en una asociación vigente desde 1880, típicamente francesa), seguía siendo deliberadamente monodisciplinaria e ignorante aún, salvo por parte de aquellos enseñantes creativos (y por lo mismo sospechosos en el concepto de las autoridades educativas y académicas), de los aportes de las ya denominadas ciencias sociales (economía, sociología, antropología, etc.). Esta era en todo caso la situación que prevalecía en la Sorbona, con nuestros viejos maestros universitarios.

En cambio, en la ENS de Saint-Cloud, y en particular durante mi último año de formación, tuve a excelentes maestros, ya familiarizados con lo que se denominaba, tal vez un poco apresuradamente, la «Escuela» de los *Annales*. Eran

2 Formación obligatoria en Francia, sancionada por un examen de conocimientos y pedagogía, si se desea ejercer como profesor en la enseñanza pública.

3 De naturaleza claramente positivista, la formación dispensada por dichas escuelas superiores ya era puesta entonces en tela de juicio, y ello antes del movimiento de mayo de 1968. Recordemos que en su momento también Marc Bloch se había pronunciado muy desfavorablemente contra este género de escuelas.

maestros perenecentes a una generación que se había afirmado luego de la victoria de la Liberación, derrotando al ocupante nazi; una generación renovadora y abierta a las nuevas problemáticas sin por ello perder su cualidad magistral y profesoral. De esa época conservo el recuerdo de varios enseñantes que dejaron una huella indeleble en mi formación. Pierre Levêque, en historia de la Grecia Antigua; Pierre Goubert y Albert Soboul, en demografía histórica, historia del siglo xvii y la Revolución Francesa, respectivamente; Pierre Vilar, en historia moderna del mundo hispánico; Jean Dresch, director y profesor del Instituto de Geografía de la Sorbona; y finalmente (aunque no en último lugar) nuestro *caimán*⁴ Daniel Roche, quien es ahora autoridad gracias a sus trabajos sobre la historia sociocultural del siglo xviii en Francia. Recordemos que fue él quien en 1964 condujo por lo esencial la organización del coloquio de Saint-Cloud, en el que tuvo lugar la célebre polémica entre Ernest Labrousse y Roland Mousnier en torno a la caracterización de la sociedad francesa, en las vísperas de la *Révolution*: ¿se trataba todavía de una sociedad de órdenes y estamentos, tal como lo afirmaba R. Mousnier, o estábamos ya ante una sociedad de clases, tal como lo preconizaba E. Labrousse? Una problemática de fondo que aparecía entonces ya planteada, bastante antes de que lo hiciesen los trabajos de François-Xavier Guerra sobre las sociedades latinoamericanas del siglo xix. Fue también durante este coloquio, al que yo asistía, en el que reapareció un debate que me habría de inspirar muy a menudo, a propósito de las revueltas indias y campesinas en Perú. Quiero referirme a la oposición que desde 1956 se había generado entre, por un lado, Roland Mousnier y Victor-L. Tapie y, por otro lado, el historiador soviético Boris Porschnev, respecto a la interpretación de los movimientos populares —y particularmente campesinos— bajo el Antiguo Régimen: ¿multitudes «en furor» o movimientos revolucionarios y/o nacionales?

Pero mi formación de base, afortunadamente no se detenía allí. Como ocurría frecuentemente en aquella época, nuestra deontología militante nos imponía un deber de formación teórica autodidáctica, más o menos colectiva o individual, pero totalmente ajena a la universidad, a la Sorbona; una especie de formación independiente, que desconfiaba tácitamente de lo que podían brindar las instituciones vigentes. Sobre las etapas de la transición desde las sociedades rurales precapitalistas hacia las formas moderna del capitalismo empresarial contemporáneo, lo que es precisamente el caso del Perú del período que me proponía estudiar, ya había yo leído suficientemente a Marx, Engels, Lenin y Luxemburgo y, claro está, a sus adversarios: Smith, Ricardo, Dühring, Marshall y Keynes. Siendo ya heterodoxo en ese entonces, no había podido resistir a la tentación de leer también a Karl Kautsky, sobre la cuestión de la renta de la tierra. Pero cuenta habida de la censura ejercida, tanto en París como en Moscú, por los

4 Lector, repetidor o pasante.

defensores de la Vulgata «marxista» oficial, ignoraba yo que sobre dicho asunto había también las contribuciones de dos autores rusos, de los que desde ese entonces se ha hablado mucho cuando se enfoca la historia agraria latinoamericana, particularmente mexicana: Chayanov y Bujarín, en particular cuando éste último se opone a Stalin, en el momento de la colectivización forzosa de las tierras agrícolas, durante los años 30.

Sin embargo, formación clásica y basamento teórico (siempre inevitablemente incompletos) no eran todavía conocimiento del caso que me proponía estudiar. Para preparar mi acercamiento al terreno, de forma concreta, hacía falta también que me impregnase de los procedimientos y las propias problemáticas de esos investigadores que antes que yo habían prestado atención a los problemas agrarios de América Latina, ya fuese con o sin bases teóricas sólidas, pero con su innegable sentido de la observación y una verdadera capacidad para formalizar el conocimiento adquirido. En ese sentido, hubo cuatro autores cuya ayuda me fue preciosa: François Chevalier y su trabajo sobre la formación de los grandes dominios y latifundios en México, Pierre Monbeig y su obra sobre los pioneros y plantadores de Sao Paulo, Thomas R. Ford y su obra *Man and Land in Peru* y, por supuesto (aunque no se tratase directamente de América Latina), Pierre Vilar con su irremplazable *Cataluña* para el siglo XVIII.

5. ¿Cómo fue mi toma de contacto con Perú?

Apenas llegado a Lima (también era yo un «recién bajado») y tal como uno podía fácilmente imaginárselo, mis primeros pasos fueron muy inciertos y vacilantes. Después de habernos instalado (con mi mujer y mis hijos, para lo que la familia de la compañera de Hugo Neira nos ayudó enormemente) se me plantearon directamente las preguntas: ¿Dónde buscar y encontrar la documentación? ¿Qué campo de estudio escoger? ¿Dónde hallar a los interlocutores idóneos? Mi dominio de la lengua castellana era aún rudimentario (aunque la había aprendido en la escuela secundaria durante dos años, la fluidez para expresarme tardaba en llegar). Obviamente, en un primer momento, ni Marc Bloch ni los *Annales* podían ayudarme demasiado para establecer los contactos y relaciones necesarios. Es cierto, por otro lado, que una revista como los *Annales* no se había interesado hasta ese entonces de forma concreta en casos tan exóticos como el mundo andino.

Llegaba yo entonces con una problemática bastante firme: cómo y por qué el capitalismo agrario en Perú había tenido que progresar bajo la forma de neolatifundismo republicano. Pero no contaba con el famoso proyecto de investigación redactado en 20 o 30 páginas. Por cierto, nadie me lo había pedido antes de mi salida de Francia. El nuevo director del Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA) parecía demasiado contento de poder contribuir a la reactivación

de dicho organismo, fundado ya en 1947 pero cuyo funcionamiento atravesaba por una fase de letargía, gracias a la llegada a Lima de un investigador de planta (*pensionnaire*), por añadidura *agrégé*, lo que seguramente constituía a sus ojos un argumento de incorporación más que suficiente.

Entre tanto buscaba yo orientarme en la capital del país de acogida, antes de aventurarme a salir fuera de Lima; lo que me tomó algún tiempo. Mis primeros contactos útiles fueron con los investigadores del Instituto de Estudios Peruanos (IEP), que era dirigido entonces por José Matos Mar (el geógrafo Olivier Dollfus me había recomendado insistentemente **de** que me pusiese en contacto con él). El director del IEP me aconsejó la lectura de algunas obras, ya sea inéditas o ya publicadas, elaboradas por los mejores investigadores de sus equipos interdisciplinarios, los que bajo la influencia de la antropología social norteamericana trabajaban desde hacía varios años en la zona de los valles de Chancay, Lurín y Huarochirí (en todo caso, en las cercanías de Lima). Fueron ellos quienes me guiaron hacia el conocido etnólogo y escritor José María Arguedas y hacia el heterodoxo antropólogo –recientemente fallecido– John Murra, de nacionalidad norteamericana.

Gracias a ambos empecé a prospectar los contrafuertes andinos antes de aventurarme más hacia el interior. Ambos me dieron un excelente consejo: «*Jean, en vez de seguir dando vueltas en busca de unos archivos que por el momento se rehúsan a aparecer, vaya más bien usted al terreno mismo, para que pueda verdaderamente tomarle la temperatura al territorio*». Fue efectivamente lo que empecé a hacer, en compañía del cicerone más perspicaz e imprevisible que me pudo tocar: la quechuista Jacqueline Weller. A partir de entonces ya no iba a parar de «trepar, subir y bajar» desde la costa hasta la sierra y por la Amazonía (lo que me significó, al mismo tiempo, «pescar» al paso no pocas disenterías y amibas inoportunas, de las que aún conservo secuelas), yendo a veces solo y otras veces en compañía de los geógrafos Olivier Dollfus, Claude Colin-Delavaud y Carlos Peñaherrera; de los antropólogos Humberto Rodríguez Pastor y José Portugal; e incluso de algunos historiadores franceses, como François Chevalier o Pierre Vilar, tan encantados como yo de descubrir el país. Al regresar a Lima, podía siempre verificar la pertinencia o impertinencia de mis observaciones gracias a la agudeza de los análisis y comentarios de uno de los investigadores peruanos más lúcidos de aquella época: el ingeniero y economista Jorge Bravo Bresani.

6. *¿Y por dónde iba entonces mi propia investigación histórica?*

Respecto a los historiadores y los fondos documentales peruanos, debo confesar que hasta mediados de 1965 seguían rehusándose, incluso algunos de los primeros llegaban a manifestarse relativamente hostiles ante mis cuestionamientos. La agitación del campo por la que atravesaba el país, desde 1956 más o menos,

había generado una desconfianza evidente en todo portador de archivos –ya fuesen públicos, notariales o privados– hacia cualquier investigador (peor aún en mi caso, extranjero, *gringo...*, aunque *francés* al mismo tiempo) que intentaba poner al descubierto las causas y los orígenes de conflictos en vigor (y muy a menudo violentos) y cuyas investigaciones podían poner en tela de juicio los argumentos desarrollados por los mismos actores de los enfrentamientos. A lo que habría que agregar el estado lamentable en que se hallaban entonces los fondos documentales.

Los archivos del Ministerio de Hacienda (es decir lo que quedaba de ellos, después de que los protagonistas militares de los golpes de estado hubiesen utilizado legajos y expedientes para alumbrar el fuego de los campamentos), dichos fondos se encontraban arrumados en algún sótano de poca luz, custodiados por algún empleado convencido de estar allí purgando castigo por alguna falta incomprensible; una situación de la que tal vez pudiera sacarle algún acontecimiento milagroso, fuera de su control. Era, por ejemplo, la situación de los archivos departamentales de Cuzco, amontonados en el suelo y sin clasificación, antes de que Magnus Mörner pudiese darles un inicio de tratamiento. Fue, por ejemplo, el caso singular de un alto funcionario del Ministerio de Gobierno, quien llegó a pretender, con marcial aplomo, que su entidad carecía totalmente de archivos. E incluso el precioso departamento de investigación de la Biblioteca Nacional de Lima, entonces dirigido por Graciela Sánchez Cerro, para cuyo acceso se tenía primero que sortear un charco de líquidos diversos procedentes de los baños atorados del primer piso. Lejos de la imagen con la que probablemente había soñado su fundador, don Ricardo Palma.

En tal situación, Pablo Macera, uno de los pocos historiadores de su generación, después de la muerte de Raúl Porras Barrenechea, que siguió siendo creativo en sus proyectos de investigación, logró desconcertarme al explicarme que: *«Tomando en cuenta el estado de abandono de nuestros fondos documentales, a los cuales los dirigentes políticos de este país no parecen acordar la mínima importancia, el único género de historia que se puede practicar no puede ser el de una historia temática, basada en una documentación serial –puesto que las series son inexistentes– sino el de una historia puntual, basada en hallazgos documentales afortunados, con unos archivos que hoy en día son lo que son»*. Debo confesar que su aserto me dejó pasmado. Sin embargo, el mismo Macera, gracias a sus trabajos sobre las «temporalidades» de los jesuitas (cuyas haciendas fueron confiscadas después de 1767) o sobre los contratos de trabajo al final del período colonial, ha tenido la oportunidad de demostrar que su diagnóstico, formulado a mediados de los años 60, era sólo parcialmente fundado.

Por fin, luego de largos meses de tanteo y búsqueda infructuosa, en ausencia de catastro para el período estudiado, la suerte pareció sonreírme gracias al

hallazgo de tres tipos fundamentales de fuentes: el Registro de la Propiedad Inmueble y el de las Sociedades Comerciales (creados en 1888 pero que cuentan con información que remonta a veces hasta el período colonial) y, por otro lado, el conjunto de legajos de lo que hasta el gobierno del general Velasco Alvarado se denominaba «Ministerio del Trabajo y de Asuntos Indígenas». Legajos acumulados desde 1924, momento en que por primera vez desde la independencia, las comunidades indígenas fueron reconocidas e investidas de personería jurídica constitucional y, como tales, registradas en el Archivo de la Nación.

Con ello disponía yo de un mínimo de fondos documentales, ciertamente insuficiente y con numerosos vacíos; pero ya podía por lo menos darle una primera estructura empírica a mis interrogantes, darle algo de carne a mi investigación. A condición, desde luego, de completarla con otras fuentes, que a pesar de su naturaleza dispareja pudiesen echarle algunas luces y esclarecimientos heurísticos. Por ejemplo, apoyándome en las fuentes orales y mediante entrevistas a los protagonistas comprometidos en los conflictos agrarios recientes o anteriores (autoridades comunales indígenas, sindicalistas clandestinos u oficiales, policías y guardias rurales, curas de parroquias rurales, sucesores de los doctrineros, etc.). Utilizando los archivos de las cofradías religiosas depositados en el Archivo Arzobispal de Lima; accediendo o intentando acceder, con las peores dificultades inimaginables, a los archivos privados familiares, abiertos durante un efímero instante al investigador gracias a la mayor apertura de espíritu de determinadas familias latifundistas: Pinillos, Moreyra y Paz Soldán, De Barry, o las que poseía la antigua Sociedad Ganadera del Centro. Para completar el trasfondo político y jurídico de mi proyecto, disponía ya de los Diarios de Debates parlamentarios, para las épocas en que no habían recesado el Congreso, aun cuando se tratase de colecciones que en esos momentos no estuviesen ni completas ni totalmente accesibles al común de los mortales; como no lo estaban tampoco las colecciones de informes y memorias anuales de los ministros, prefectos y subprefectos regionales.

A esta retrospectiva le faltaría algo si no la completase mencionando todo lo deudor que me siento de los intercambios intelectuales regulares, a lo largo de mi estadía peruana entre 1965 y 1968, con dos peruanos ¿cómo llamarles? ¿mentores? ¿referentes? Amigos, en todo caso. Quiero referirme efectivamente, en primer lugar, a don Félix Denegri Luna, cuya gran biblioteca y la conversación culta siempre estuvieron disponibles y me fueron preciosas, en particular los sábados por la tarde. En segundo lugar, y para todo lo relacionado con el análisis político de la situación, entre 1965 y 1974, quiero evocar el nombre de Ricardo Napurí; tal vez sea anecdótico, pero vale la pena recordar que la primera vez que le vi se presentó ante mí como antiguo coronel de la aviación que luego, por razones de la causa, había pasado a la clandestinidad en el seno del grupo izquierdista Vanguardia Revolucionaria.

7. ¿Cuál es el balance que extraigo hoy de un trabajo que terminé en 1973?

Ya en 1973, el libro que acababa de concluir, tratando de respetar las normas académicas vigentes, me había dejado insatisfecho. Me pareció oportuno decirlo en la introducción, lo que según parece no se estilaba, ya que era mejor, al pie del retrato de Richelieu en la Sorbona parisina, repetir el ejercicio que consiste en presentar su investigación con sentimiento de satisfacción, contento de una obra terminada. La fórmula que me permití entonces utilizar: «*hay que saber terminar una tesis*» no fue del agrado de ciertos miembros del tribunal de tesis.

Obviamente, mi trabajo dejaba mayor número de interrogantes abiertas que las que absolvía, e incluso éstas no contaban con respuestas ni definitivas ni perentorias. ¿Hubiese sido posible esperar otra cosa, en las condiciones en que se desarrolló mi investigación? Los temas examinados, según me dijeron algunos, eran demasiado amplios y extensos; hubiese sido mejor, proseguían los mismos, que me concentrase en (y me restringiese a) un análisis de caso o en un tema más delimitado, el que hubiese padecido las mismas dificultades documentales (con imposibilidad de verificación, al no haber fuentes idóneas, o por otras razones) y que se hubiera terminado en un clásico *case study* a la manera anglosajona. ¿Y por qué no efectivamente?

Sin embargo, desde mi punto de vista, dicho trabajo, a pesar de todos sus defectos, sigue conservando el mérito (grande, me atrevo a pensar en estos tiempos de posmodernismo y desgajamiento de problemáticas y objetos de investigación) de proponer una visión sintética, quién sabe si la única existente en estos momentos, del conjunto del proceso latifundista peruano y del peso histórico del problema agrario en la historia socioeconómica y política peruana —a la espera, desde luego, de nuevas contribuciones que modificarán, corregirán o confirmarán sus resultados—. Puesto que cada quien tiene el derecho de defender su propia historia política, nueva o no. La de las elites, exclusivamente; bajo el pretexto de que son las únicas capaces, ya sean conservadoras, innovadoras o revolucionarias, de desempeñar un papel dirigente. Pero en tal caso, que se me permita preguntar: ¿cuál es la fascinación extraordinaria que empuja a determinados historiadores por la vía heurística de querer entender cabalmente lo que se denomina «las reglas de juego»? ¿Se trata de un deseo de comprender o, siendo elite al interior de la elite, de su propia reivindicación de participar en las prebendas que otorga el poder (el vigente, el real)? De la segunda no quisiera ocuparme, por discreción. En cambio, si se trata de la primera, esto es, del deseo de comprender, entonces ¿cómo entender que tales historiadores no sean capaces de percibir que, para ser dirigentes, dichas elites han tenido que enterarse de que aquellos a los que pretenden dirigir, esto es, los de abajo (la plebe), ya desde hace bastante tiempo han dejado de pensarse a sí mismos como objetos o agentes y osan, de un tiempo a esta parte, pensarse como actores (en el vocabulario

que les es más familiar)? Rebeliones y reivindicaciones indígenas o campesinas, movimientos obreros o de asalariados del terciario, comités locales o informales *clientilizados* e incluso delincuentes y criminales (los *bandidos* y *rebeldes primitivos* de Antiguo Régimen): todo ello forma parte de la misma problemática y de las consecuencias del latifundismo peruano. Fue lo que, seguramente con insuficiente fuerza, quise señalar en mi trabajo de 1973. Treinta y cinco años más tarde, no pienso que al hacerlo me haya equivocado.

Las insuficiencias que he señalado no fueron las únicas. Mi tesis quería ser global, total. Y lo fue, sin serlo suficientemente por las razones invocadas. Se hubieran necesitado más trabajos y otras investigaciones, míos o de otros historiadores, para confirmar o negar sus hipótesis y conclusiones, avanzando mediante la multiplicación de estudios de caso y luego compilando y comparando, con el fin de lograr una síntesis superior a la que yo pude efectuar, más documentada y científica. Por razones independientes de mi voluntad ello no fue posible. Pero tampoco lo fue para otros, luego de 1982 (en seguida me expresaré respecto a esto).

En todo caso parece necesario constatar que para las elites peruanas, nuevas o antiguas, todo da la impresión hoy en día de retomar el curso «normal» de la historia peruana: llegar a desembarazarse de la «molestosa» cuestión agraria y campesina (e incluso *india*), en primer lugar gracias a la acción de militares reformistas y luego brutalmente represores, al volver a los cuarteles con regímenes civiles, y después, gracias a la acción de las medidas neoliberales del Banco Mundial y otros organismos financieros internacionales. Llama poderosamente la atención el que, en este año de 2007, no se cuente aún con un verdadero balance de lo que es en nuestros días la estructura agraria peruana, luego de treinta años de experimentos: primero, la reforma agraria del general Velasco Alvarado y, después, las diversas contrarreformas agrarias, cometidas bajo inspiración neoliberal. Seguramente que se dirá que ello competía en primer lugar a los economistas y sociólogos; pero ¿cuál era el obstáculo que impedía que los historiadores, en particular los nuevos especialistas del «tiempo presente», interviniesen en la problemática, con el fin de darle mayor inteligencia y comprensión al surgimiento en los departamentos andinos de un fenómeno tan terrible y complejo como *Sendero Luminoso*? Puesto que éste no ha sido solamente un hecho «político» y/o militar...

8. ¿Hacia una renovación de la historia agraria en Perú?

No obstante, entre 1974 y 1982, las perspectivas de desarrollo de una historia agraria de Perú no se presentaban demasiado malas. Para comenzar, desde el punto de vista de los fondos documentales. Intentemos recordar que, durante este período, determinadas nuevas fuentes se hacen accesibles al público investigador:

En 1974: la apertura del Archivo del Fuero Agrario, que se constituyó principalmente gracias a los archivos que el proceso de reforma agraria, iniciado por el gobierno velasquista, iba progresivamente confiscando y acumulando, al mismo tiempo que se confiscaban las propias tierras de las grandes haciendas. Vino luego a lo largo de los años setenta, y ya desde 1971, la publicación de los primeros tomos (sobre un total de 27) de la *Comisión Documental de la Independencia del Perú*, editados por la Comisión del Sesquicentenario, y en particular aquellos volúmenes sobre la legislación agraria inspirada por los Libertadores (tomos XIII, XIV y XV), sobre la rebelión de Túpac Amaru (tomo II), o sobre los movimientos campesinos y regionales durante las guerras de independencia y luego, durante el siglo XIX (tomos III y V).

En 1980: la mejor clasificación de los fondos disponibles en el Archivo Departamental de Cuzco y un mejor acceso para el investigador; lo que también vale para la documentación del arzobispado cuzqueño. Entre 1980 y 1981: la publicación en cuatro tomos de la *Colección Documental del Bicentenario de la Revolución Emancipadora de Túpac Amaru*, organizada por la comisión creada a ese efecto, cuyas páginas echan importantes luces sobre la dimensión agraria y campesina de esta importante sublevación campesina del siglo XVIII latinoamericano.

En segundo lugar, desde el punto de vista de la producción histórica propiamente dicha, peruana y extranjera, la publicación de una serie de obras importantes, de las que no pretendo dar aquí una lista exhaustiva, sino simplemente señalar aquellas a las que he podido tener acceso directamente.

KLAREN, Peter, *La formación de las haciendas azucareras y los orígenes del APRA*, Lima, Moncloa-Campodónico, 1970, 214 pp.

RAMIREZ HORTON, Susan, *The Sugar Estates of the Lambayeque Valley (1670-1800). A Contribution to The Agrarian History of Peru*, Madison, Wisconsin University Presse, 1974, vi-63 pp.

SPALDING, Karen, *De indio a campesino. Cambios en la estructura social del Perú colonial*, Lima, I.E.P., 1974, 258 pp.

KAY, Cristobal, «The development of the Chilean hacienda system (1856-1973)», in Kenneth DUNCAN (et al), *Land and Labor in Latin America: Essays on The Development of Agrarian Capitalism in The Nineteenth and Twentieth Centuries*, New York, Cambridge University Press, 1977, pp. 57-77.

KLEIN, Herbert, «Hacienda and Free Community in Eighteenth-Century Alto Peru: A Demographic Study of The Aymara Population of The Districts of Chulumani and Pacajes in 1786», *Journal of Latin American Studies*, VII: 2, Novembre, 1975, pp. 193-220.

VAN DEN BERGHE, Pierre y PRIMOV, George, *Inequality in the Peruvian Andes; Class and Ethnicity in Cuzco*, Columbia, University of Missouri Presse, 1977, viii-324 pp.

BURGA, Manuel, *De la encomienda a la hacienda capitalista*, Lima, IEP, 1976, 319 pp.; «La hacienda en el Perú (1850-1930): evidencias y métodos», *Tierra y Sociedad*, I: 1, 1978.

MURRA, John, *La organización económica del Estado Inca*, México, Siglo Veintiuno, 1983, 272 pp. [primera edición: 1955].

THORP, Rose Mary y BERTRAM, Geoffrey, *Peru 1890-1977: Growth and Policy in an Open Economy*, London, Macmillan, 1978, xvi-475 pp.

ZAVALA, Silvio, *El servicio personal de los indios del Perú*, México, El Colegio de Mexico, 1978-1980, 3 vol.

MORNER, Magnus, *Perfil de la sociedad rural del Cuzco a fines de la Colonia*, Lima, Universidad del Pacífico, 1978, 186 pp.

CHOQUE CANQUI, Roberto, «Las haciendas de los caciques 'Guarachi' en el Alto Peru», *América Indígena*, XXXIX: 4, 1979, pp. 733-748.

GLAVE, Luis Miguel y REMY, María Isabel, «Origen de los latifundios en Ollantaytambo. Algunas evidencias de los siglos XVI y XVII», *Análisis, Cuadernos de Investigación*, 8-9, 1979, pp. 3-35.

YEPES DEL CASTILLO, Ernesto, «Burguesía y gamonalismo en el Perú», *Análisis, Cuadernos de Investigación*, 7, 1979, pp. 31-66.

GONZALEZ, Michael, «Capitalist Agriculture and Labour Contracting in Northern Peru (1880-1905)», *Journal of Latin American Studies*, XII: 2, November 1980, pp. 291-315.

MANRIQUE, Nelson, *Las guerrillas indígenas en la guerra con Chile*, Lima, Ital-Perú, 1981, 418 pp.

BRISSEAU LOAYZA, Jeanine, *Le Cuzco dans sa région: étude de l'aire d'influence d'une ville andine*, Lima, I.F.E.A, 1981, 571 pp.

Desafortunadamente, este auge apreciable de historia problematizadora y global, que busca también comprender con lucidez a partir de los campos y la ruralidad peruanos, parece netamente detenerse, casi en seco, después de 1982. No por casualidad, seguramente, desde el momento en que Perú desciende al infierno con la estrategia nihilista de *Sendero Luminoso* y con la no menos nihilista estrategia de la contra-insurrección llevada a cabo por el ejército peruano y sus auxiliares descontrolados e incontrolables.

Al ser amenazada o reducida al silencio (y salvo honrosas excepciones), la intelectualidad criolla se calla, en el mejor de los casos, o se adapta, mimetiza y colabora, en el peor de ellos, ante poderes corruptos, alejados de toda referencia al Estado de derecho o a algo que se le parezca. Y lo hace con un sentido del oportunismo muy poco glorioso, aunque sin carecer de antecedentes en la historia peruana; lo que no lo hace por ello más aceptable o perdonable.

Y sin embargo, ¡cuánto habría por hacer en materia de investigación sobre la historia agraria peruana! No solamente, como lo indicaba más arriba, sobre la

historia de lo que ocurrió realmente en los últimos treinta años (lo que seguramente ha trastocado sensiblemente la ruralidad en este país), sino también sobre los antecedentes históricos más lejanos, sobre los que mi tesis no ha podido decir todo lo que habría que saber.

Determinados cínicos o tecnócratas de pensar fácil y de corta perspectiva podrían objetarnos que en un país ya casi urbanizado (o mejor dicho, suburbanizado), tales investigaciones no pueden ser sino ejercicios artísticos, del arte por el arte, más que una necesidad para el Perú del siglo XXI. Al avanzar tales asertos, se equivocan lamentablemente (una vez más). En cifras absolutas (y no relativas, claro está), se puede afirmar que no ha habido nunca en Perú tanta población rural como la que vive actualmente en los Andes y sus confines. Y sería sumamente ingenuo pensar que la «pacificación» relativa, y quién sabe si sólo temporal, luego de los duros golpes asestados a los grupos guerrilleros de los años noventa, sea sinónimo de solución satisfactoria y definitiva a los graves problemas agrarios y rurales de este país, vigentes y visibles para quien quiera verlos.

En pro del interés nacional peruano sería indispensable que la historia agraria en este país volviese por sus fueros, como ocurre en México y otros países latinoamericanos, y asumiese íntegramente los desafíos que se le plantean. Ello permitiría además que los historiadores peruanos pudiesen salir definitivamente de la pesadilla de los años de plomo, 1980-1990, y regresar a los debates historiográficos internacionales actuales en donde su presencia sería saludable, en particular para diagnosticar el estado de las sociedades rurales que el siglo XXI recibe en herencia; el caso peruano quizás sea emblemático. Lo que, por otra parte, no dejaría de tener consecuencias para el futuro del país y del pueblo peruano. A cada quien su propia *política*.